



PUBLICACION M E

3 pue-
de demos-
vo Mundo
samiento. No
le raza en tra-
Eia, y de asimi-

AGENCIA: Local de la Academia de M

da, en su nu-
etramiento ó

as glorias li-

remo para

erte

INICIAL

De queja en queja, de reproche en reproche, en sus confidencias íntimas, los representantes de la nueva generación literaria de Antioquia, han venido lamentando el desaliento que cunde entre los que deben poner de manifiesto el movimiento de las Letras y hacer sentir el calor de las inteligencias tropicales. Amantes de las escuelas literarias *fin de siècle*, y con tendencias nobles á engrandecer el arte, postergado y abatido, proclaman hoy la necesidad absoluta de descubrir al público sus intimidades artísticas, dejando sobre las piedras del camino los hábitos de nociva timidez que las cubrían y tratando de asimilarse el prestigio que se crea en todas partes la juventud ardorosa y emprendedora. Las almas jóvenes no deben tener trabas en su vuelo libre por las exóticas regiones de la ciencia, que es la misma en dondequiera y que por el estudio y la persistente atención, permite combinar de lo abstracto y lo concreto, sin detenerse en los triviales escollos que aparecen en lontananza. Por otra parte, el espíritu sano y las ideas nuevas deben ser cosmopolitas, no contentándose con los sollozos ahogados que no podrán escucharse más allá de esta cintura de montañas que nos aprisiona.

Yá que nuestro entusiasmo ha sido coronado por el éxito, y que la *Bohemia Alegre* se halla en capacidad de descubrir á la luz clara su faz, antes nura

La imitación de literaturas extranjeras no puede reprocharse desde que Sanín Cano tiene demostrado que “las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho á toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo, ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia, y de asimilarse uno lo escandinavo.”

Entre nosotros la Literatura, herida, en su nudo vital con la muerte de Isaacs y el retraimiento ó la apatía de algunas de nuestras antiguas glorias literarias, tiene que hacer un esfuerzo supremo para no caer en el abismo insondable que se ha abierto á sus plantas, y es esmerilando el pensamiento virgen, dejándolo vagar libremente, como puede evitarse lo que se teme.

JESÚS FERRER.



DECADENCIA

Poco rato hacía que D. Emilio había acabado de comer cuando su hermana lo regaló con una taza de café, sin azúcar, perfumado y tinto, que él bebió lentamente y con voluptuosidad. Al devolver la taza á su hermana exclamó:—Está excelente! excelente!..... y se dejó caer de nuevo en la cama, donde había estado aguardando el sueño de la siesta. Ahí afuera, en el patiecillo, el sol doraba la pared y daba á todos los objetos esa brillantez encantadora del crepúsculo, mientras de la calle venían mezcladas muchas voces infantiles que prodigaban los niños en sus juegos de fin de tarde. A pesar de la lucidez cerebral producida por el café, que casi siempre ahuyenta el sueño, D. Emilio se quedó adormecido, ó al menos perdió la visión externa y las realidades fueron reemplazadas por las ilusiones. Siempre que tomaba café sentía esa embriaguez lúcida: era un adormecimiento inteligente, y el de aquel día tuvo algo de extraño.

* * *

D. Emilio miraba á su interior, asistía á las escenas sucesivas de su cerebro. En un diminuto gabinete del cráneo estaba sentado el anciano Pensamiento, con expresión de amargura,

sobre un antiguo sofá. Las paredes del aposento estaban empapeladas de gris, sobre el papel había algunas fotografías desteñidas y por el suelo pedazos de libros de autores clásicos. Improvisamente llamaron á la puerta del gabinete gris, y el Pensamiento, sin moverse, invitó al visitante para que entrara. Una joven apareció en el marco de la puerta con sonrisa amable.

—Me conoces? preguntó la muchacha.

—Sí que te conozco, y qué hermosa estás.

—Soy hermosa porque me he conservado joven, tengo la hermosura eterna de la juventud, en tanto que tú has envejecido mucho.

—Sí, estoy muy viejo, pero tú me rejuveneces; ahora siento fuerzas inesperadas, siéntate, mi querida Musa, hablaremos.

—Empezaré por los recuerdos, agregó la joven; te olvidaste de aquella edad en que tú estabas enamorado y yo te traía flores con las cuales hacías ramilletes, de rica cadencia que dedicabas á tu novia? Cuán felices éramos!

—Lo recuerdo. Era muy bella esa edad de las aspiraciones ilimitadas, yo pensé que sería feliz toda la vida, mas nó, que aquella mujer me olvidó y tú me abandonaste.

La Musa adoptó una expresión de tristeza y de reproche, y dijo:—Tú fuiste el ingrato, en un tiempo quisiste adoptarme por hija y después diste ese nombre á personas raquíticas y despreciables. Cuando recibiste en tu casa á la Imitación tuve que huir. Hoy vuelvo, como buena amiga cuando todos te han abandonado.

—Tienes razón, he perdido mi tiempo; hoy que nada puedo aguardar, tú me consuelas. Te agradeceré por siempre la visita.

—Ahora hablemos de aquel entonces y luego tú me dirás lo que has hecho en tanto tiempo. Tú aspirabas á ser un gran artista. Te iniciaste haciendo ramilletes amorosos para tu novia, cuando apenas tenías quince años. Luego te traje colores y te sugerí la idea de ser poeta pintor; empezaste muy bien con aquel hermoso paisaje que trajiste en bosquejo de las orillas del Cauca. Copiabas en tus estudios todo el jugo vital de estas montañas, tratabas de crear un arte fresca y lozana, cuasi-indígena, que tuviera todas las alegrías de nuestro cielo y la salud enérgica de los campesinos; un arte con notas de libertad é independencia primitivas, y llevar así, al mundo moderno, un nuevo aporte, trabajando sobre terrenos inexplorados por los modernos artistas; producir querías algo que tuviera sabor exótico en Europa. Después, encariñado con la forma concisa y severa, te sedujo la escultura, símbolo de lo clásico, y llegaste á cincelar mármoles notables, como aquel de una virgen amorosa, titulado *María*.

—Ah! qué tristes son esos recuerdos! dijo el viejo, hoy que sólo me queda el remordimiento de haber seguido insinuaciones viciadas y tendencias funestas! Mas no tuve culpa, todo eso provino de mi modo de ser. Llegó un momento en que me invadió la pereza y luego, como secuela necesaria, vino la impotencia. Mi organismo no volvió á vibrar impresionado por los paisajes y abandoné la pintura de la naturaleza. Mi estudio, primero tan alegre, cubierto de frescas acuarelas y lienzos enérgicos arrancados á la vida y á la Historia, se fue quedando escueto y me abandonaron los discípulos. Entonces adopté la Imitación..... Más tarde me acometió una rara enfermedad, que pudiera llamarse nostalgia de París. Quería tomar parte en los cenáculos literarios de la ciudad maestra. Ser bohemio parisiense y literato parnasiano, fueron mis más ardientes deseos y los colmé. Visitaba la capital de Francia todos los días; gracias al vapor poderoso de los libros. Viví muchos años en París, entre sus literatos, gozando de mil refinamientos. De esas excursiones en libro sólo me queda lo que tú ves ahí, en el aposento inmediato: un depósito de literatura fin de siglo: naturalista, neo-romántica y neo-clásica. Ahí está la espuma formada sobre el remolino literario de los últimos años, en la capital del arte. Obras y artículos, novelas y cuentos, papeles-diarios y revistas, folletos, poemas y estrofas: montonera enloquecedora de ajena producción literaria. Todos los caprichos, sublimidades, contradicciones, refinamientos, audacias, perversiones y vicios de la literatura francesa contemporánea—miles de páginas y estrofas inimitables—los tengo ahí revueltos y confundidos. Ahí están: Zola, siempre aislado, con su amargo pesimismo; Los Goncourt, pareja simpática, con su naturalismo “sensacionista”, para los refinados; Daudet, el de los cuentos cándidos que producen el efecto de un Album de croquis; Teófilo Gautier, el improvisador romántico, sin segundo, con sus *Camafleos* impecables; Carlos Baudelaire el autor de *Flores del Mal* y *Paraisos Artificiales*, enamorado de lo postizo, con ansias de paisajes tropicales, traductor insigne de los *Cuentos Maravillosos* de Edgardo Poe; Guy de Maupassant el delicado poeta y cuentista; François Copée, naturalista ingenuo, con *El Relicario*, *Las Intimidaciones* y *Los Humildes*; Sully Prudhomme, el de la poesía filosófica, con *Las Vanas Ternuras*; Leconte de Lisle, poeta parnasiano, que lanzó la frase “el arte debe ser impasible”, fórmula que sirvió de enseña á la secta neo-clásica reunida en el pequeño cenáculo de Catulle Mendes; José María Heredia, el poeta lapidario, siempre con los *Trofeos* en la mano; Juan Richepín, el autor de *La Obra maestra del crimen*, con sus refinamientos maravillosos; Teodoro de Banville, con su virgen pálida de *El Hotel de Capadocia*; Al-

berto Glatigny, el iniciador del cenáculo de Mendes, con sus *Viñas Locas* y sus *Flechas de oro*. Ah! mi querida Musa, cómo me gustan, esos otros que de aquí veo: Paul Verlaine, que tiene todas las convulsiones de la decadencia, la vibración libre, la contradicción y el inquietante anhelo; y los americanos Rubén Darío, Julián del Casal y Gómez Carrillo. Darío, mitológico, vibrante de poesía, prodigando paisajes tropicales, adornados con iris de piedras preciosas; Del Casal enamorado de los cementerios, con nostalgia de tumba; Gómez Carrillo, zabullido en los abismos del *Parnaso Universal*. Ahí están reunidos todos los autores que "me gustan como el vicio"; los partidarios del "arte-hielo"; los amigos del artificio, del afeitado, de la ficción; los de un arte enferma, pálida, maniática; los pesimistas; los que profesan el imposible de ser místicos y lascivos á un tiempo; los que suspiran por las vegetaciones exuberantes de las regiones ecuatoriales; los bebedores de haschich; los enfermos de mal de cielo; los que aman las flores de metal y de porcelana; los coloristas; los redentores de la Mitología; los enfermos de cosmopolitismo; los que se sumergen en paisajes metafísicos; los que buscan coloraciones raras, perfumes enervantes. Me gustan todos los enfermos de neurosis, y los embriagados á la moderna con sustancias venenosas.

—Y eso, que es una epidemia, te ha muerto—le dijo la Musa—ahora tú harás un poco de gimnasia. Yo pondré lo hierático, tú lo humano, y así, á poco esfuerzo, probaremos.....

*
* *

D. Emilio se levantó apresurado, convulsivo, con la fiebre artística que había sentido á los veinte años, cuando, según el decir de sus amigos, hacía buenos versos para poner á los pies de su amada.

A los reflejos dorados del crepúsculo había sucedido una noche oscura. D. Emilio encendió luz, tomó la pluma y escribió una estrofa delicada, bastante buena, de suaves asonancias. Pero la estrofa aislada no daba pensamiento completo, había que escribir diez estrofas por lo menos para desarrollarlo y el ardor poético había huído. Sintió en la cabeza como un vuelco. Mil términos decadentes zumbaban en su cráneo, sin relación alguna con el asunto sentido. Toda la literatura que había depositado en su cabeza durante muchos años, se desbordaba en un momento, como espuma.

El tema era docente y de saludable impulso: en el primer renglón había puesto, como título probable *Los Libros*; hablaría de la tristeza que produce el estudio, del aislamiento intelec-

tual, de los desequilibrios morales, y así llevaría al lector, de tristeza en tristeza, como por cámara oscura, hasta el fin del camino, donde se encuentra la superioridad racional del hombre ilustrado.

La musa se mostraba varonil y experimentada. Buena era la concepción artística y difícil la ejecución, como si la idea no quisiera forma. Con grandes dificultades para concretar el pensamiento, que se perdía entre frases extrañas y sin ilación, completó la segunda estrofa, con ritmo diferente, sobre el papel lleno de tachas.

Aguardó mucho rato, trazó algunos versos aislados y sin sentido, ensayó otro metro, hizo rayas en el papel; todo fue en vano. No venía de la cabeza sino un ruido de palabras vacías, amaneradas, de timbre femenino y extemporáneo. Sobre el papel sólo quedaba como el tendido revuelto de un tocador de mujer: objetos bonitos, olorosos, á la moda, que no son, sino la descomposición de un artificio. Y el poeta furioso y despechado, arrugó el papel y abandonó la mesa.

Se paseaba por el aposento murmurando:

—“Maldita decadencia! me ha muerto! me creo absolutamente incapaz de ser poeta. Esa literatura envenenó mis sentimientos y mató mis originalidades. Es como las inyecciones de morfina que enervan en pocos años un organismo y sólo dejan los espasmos nerviosos y la comezón de nuevas embriagueces. Yo podría escribir imitaciones, como en otro tiempo, pero sólo conozco una parte ínfima de la literatura extranjera, no sé idiomas, y, para qué imitaciones existiendo los originales? Además, si allanando los inconvenientes, yo imitara á los grandes poetas extranjeros, tales refinamientos no gustarían á nuestro público. Muy pocas personas estarán á esa altura. Quién comprendería, en estas montañas, las tristezas del alma moderna, que yo he adquirido en los libros franceses? quién comprendería mis nostalgias de imposible y de infinito, expresadas en lenguaje cosmopolita? La decadencia me ha vuelto impotente.”

* * *

Poco á poco se había ido extinguiendo, en el cerebro de D. Emilio, la embriaguez inteligente producida por el clásico licor de los pensadores. Ya había desaparecido todo el espíritu del café. El cerebro había vuelto á su habitual pereza, al dejad que pase, su estado normal.

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

EN EL RHIN

Caminamos, caminamos y llegamos á la orilla,
 Y *Ella*, en t nto que yo alegre desataba la barquilla,
 Sus cabellos destrenz ,
 Y en cascada luminosa
 Su cabellera abundosa
 Sobre su espalda cayó.

El Rhin murmuraba triste oprimido por las brumas
 Y traía hasta nosotros sus ramilletes de espumas
 Que el viento desbarataba,
 Mientras mi rubia hechicera
 Con su blonda cabellera
 Tranquilamente jugaba.

Y la dije enamorado—“Escucha mi virgencita :
 Ven, la barca nos espera ; oh mi rubia princesita !
 Hada del brumoso Rhin,
 Niña de los labios rojos,
 La de los azules ojos,
 Mi pálido serafín !

“Ven, que ya viste la aurora sus resplandores rosados,
 Oye el Rhin que nos convida ; en sus ondas columpiados
 Veremos nacer el día.
 Es muy bello niña hermosa
 Ver la luz esplendorosa
 Rasgar la niebla sombr a !

“Dejaremos nuestra barca   merced de la corriente
 Y en mis brazos estrechada dulcemente dulcemente
 Verás, niña, amanecer !
 Verás rasgarse las brumas,
 Verás las blancas espumas,
 Teñidas de rosicler !”

Con la sonrisa en los labios mi linda rubia escuchaba
 Esa tierna barcarola que mi amor le improvisaba
 En la poética orilla !
 Alz  al fin su falda leve,
 Y mostrando su pie breve
 Salt    la frágil barquilla.

Y cayó en mis brazos trémula sonriendo tiernamente
 Mientras la rosada aurora iluminaba su frente

Yo besé sus lábios rojos,
 Besé su rubio cabello,
 Besé su cándido cuello,
 Besé sus azules ojos!

.....

 Alegre el Rhin rumorea sin su clámide de brumas,
 El sol con sus rayos forma sobre las blancas espumas
 Paisajes de arrebol!
 Y la rubia de mis sueños y mis puras alegrías
 Llena de rubor me dice:—"Volvamos todos los días
 Para ver salir el sol!"

JULIO VÍVES GUERRA.



PIPI

Se casaron. La mañana era clara. El sol se había levantado como de una urna de cristal azul y sus rayos al filtrarse por las ventanillas del templo, bañaban con un reguero de oro los rostros de Ernesto y Corina. El con su nariz recta, su frente inundada de crespos cabellos negros y brillantes como seda; con escasos bigotes sus labios sensuales.

Ella ¡cuán bella estaba! con los cabellos rubios que cubrían su cabeza, dejando ver solamente una carita redonda, adorable, de tez rosada, ojos azules y boca de mirto. La garganta no era menos blanca que los sartales de perlas que pendían temblorosos de un hilo de oro. En su rostro jugaba la juventud.

La savia de los diez y ocho años palpitaba ardiente en aquellas dos vidas. Cuando el anciano sacerdote les dio la bendición, cambiaron una mirada que los concurrentes tradujeron por "paraíso... dicha... idilio sin fin...."

Una manita enguantada y suave como una caricia, oprimía Ernesto entre la suya. Al fin disfrutaba de aquella dicha tres años ansiada. Estaba radiante de gozo.

Salieron á la plaza seguidos de algunos de sus parientes. El cielo de raso azul sin un solo pliegue. Los tonos cambiantes de tanta luz con colores de iris, aire, mucho aire fresco, embalsamado de aromas, era el cuadro del paisaje; y en medio de éste, en medio de tanta luz, de tanta profusión de belleza, de la proyección de todos los colores del iris, surgían á la vista, en primer término, las siluetas de Ernesto y de Corina con sus rostros sonrientes.



Del gabinetico rosado—que habían convertido en nido de casados—con cortinas verde-mar, con una mesa llena de juguetes que consistían en perritos de porcelana, cisnes de caucho, arañas de estaño, una estatuita que representaba á Mercurio en el acto de atropellar á Cupido para quitarle el carcaj, y otras mil fichurías de la especie. Item más: allá en un rinconcito, una casa en miniatura, el dormitorio de *Pipí*, el gatito blanco como leche y de narices rojas, que á Corina había regalado su abuela algunos días antes del matrimonio. *Pipí* era un “ladino y malcreado” según le decía Corina dándole palmaditas en el lomo. Del gabinete rosado, digo, se divisaba el campo por la puerta que daba salida al corredor sombreado de enredaderas cuyas flores se entraban por la ventana á esconderse tras las cortinas.

Cuando regresaron de la iglesia, estaba todo arreglado. La cama vestida de blanco y sus muelles colchones de plumas parecían decir: “Venid, soy el reposo”. Al entrar Ernesto y Corina á aquel aposento, acompañados aún por la gente de la casa, hubo resuellos reprimidos, sonrojos y latidos de corazón.



Al día siguiente al levantarse y divisar desde su escondite aquel campo tan verde que les enviaba en las brisas matinales olores de la playa que por entre los sauces y cañaverales se veía blanquear allá á lo lejos, sintieron el deseo de hacer una excursión para gozar á solas del amor, para besarse á compás del murmullo de la fuente, del canto de las aves y al són de las palpitaciones de sus pechos desbordantes.

—Irá *Pipí*? preguntó Corina á Ernesto.

—Como tú quieras vida mía, le contestó dándole un abrazo.

—Oh! nó. Se llenaría de polvo mi bello *Pipí*. Llevaré el cesto para traerle flores y frutas.

Era un día clásico entre los días de primavera. El cielo estaba sin una nube y el aire fresco.

La hermosa pareja, de brazo, se internó en los matorrales, sintiendo bullir estrofas de amor. Al pie de cada árbol que sombreaba mullido césped, había descanso, refrigerio de besos y una estrofa que Ernesto escribía en su cartera sin necesidad de apresurarse para conseguir consonantes. Su poesía no los necesitaba.

Ernesto era aficionado á escribir versos y en este ejercicio había gastado la mayor parte de su tiempo de colegio. Ahora podía hacerlo; para eso tenía una buena renta, para vivir como le diera la gana y para hacer lo que más le gustara. Le gustaba hacer versos? pues á eso. Quién se lo habría de reprochar? No sería Corina, de eso podía estar seguro.

El regreso se hizo á medio día, después de correr mucho, trepando cercos, saltando arroyos y recogiendo flores, las que Ernesto depositaba en el cesto de Corina mediante su equivalente en besos á razón de dos por cada una. Volvieron cansados y con un apetito envidiable.

—*Pipí*, mi *Pipí*, te dejamos solito, tienes mucha razón para estar enojado; pero ven, yo te contento con un almuerzo....le decía Corina á su *Pipí* estrechándolo contra su pecho y cubriéndolo de besos, lo mismo que á Ernesto.

*
* *
*

Así trascurrieron seis meses. Levantándose temprano y después de lavarse la cara, con explosión de risas y caricias, en una misma taza de agua, rebosando de flores silvestres que con este objeto traían todos los días del campo, el encantador paseo á la playa. De vuelta besos de Corina á *Pipí*, mientras Ernesto, en un ángulo del corredorcito, trabajaba en su poema sin consonantes, que había titulado: *Mi luna de miel*.

Estando muchas veces engolfado en sus hermosos pensamientos, con las manos en la frente y los ojos de su inspiración vagando por las altas regiones del ideal, se sentía de improviso casi asfisiado. Eran unos brazos medio desnudos que le oprimían el cuello por detrás y un diluvio de cabellos perfumados que le cubrían la cabeza, luego.... un beso, sonoro sí; pero.... sabía á gato.

Ernesto no encontraba el modo aparente para quitarle á su "cara mitad" aquella costumbre que ya le iba siendo odiosa. Por lo demás él no la había dicho nada ni á ello se atrevía, ahora menos que nunca.

Corina se enorgullecía de.... de lo que se enorgullecen las mujeres cuando ya sienten próxima la necesidad de cuna, de pañales..... y ya gozaba contemplando en sueños á su bello *Pipí* acariciado por unas manitas robustas, rosadas, que sonreían con sus graciosos hoyuelos en aquella carne de niño....

Pero llegó á hacerse inaguantable la pasión de Corina por el maldito gato. Ernesto no podía convenir con que aquel animal le disputase la mayor parte de las caricias de su esposa. Y así, que un día se resolvió y la dijo:

—Nunca te he exigido, vida mía, otra cosa que amor. Es verdad Corina?

—Sí que lo es.

—Pues bien, voy á exigirte otra cosa ¿me la negarás?

—Cómo podré negártela! y lo abrazó apasionadamente.

—Quiero que regalemos ese gato.....

Corina dio tres pasos hacia atrás desprendiéndose brusca-mente de su cuello.

—Que lo regale?.....

—Sí! O que salgamos de él de cualquier manera.

—¡ No!..... dijo sin poder añadir otra palabra, porque la ahogaron los sollozos, y se dejó caer en una silla.

—No lo regales, pues, *Corita* mía, y perdóname si te he ofendido—dijo Ernesto sentándose á su lado y bregando por descubrirle la cara y porque lo mirase.

—Me has ofendido, Ernesto, me has ofendido—decía ahogada en los suspiros y las lágrimas.

—Bien..... te he ofendido; pero ¿ me perdonas? Perdóname!

—No debía hacerlo, pero.....

—Pero sí..... no es verdad?

—¿Qué ocurrencias las tuyas! dijo enjugándose las lágrimas.

Hagamos las paces con un beso. A ver.... ¡bueno!..... Otro?..... ¡famoso!

Hicieron las paces.



Así como al descanso momentáneo de un miembro adolorido, que nos hace concebir la esperanza de un alivio completo, sucede el dolor quizá con más intensidad que antes; así en el ánimo de Corina aquella pequeña contrariedad que ya parecía borrada á fuerza de caricias, surgía más desagradable del fondo del recuerdo. Trataba de reír, de estar alegre y cariñosa; pero le era imposible fingir alegría, cuando todavía no había olvidado la ofensa. “¡ Ernesto haberme contrariado!..... ¡ y en una cosa en que él no tenía derecho!”—solía decirse.

Él, sin embargo, la encontraba dulce, enamorada y á veces risueña; pero no yá con la ingenuidad de antes.

Para que todo terminara como debía, *Pipí* amaneció muerto una mañana. Y qué fue aquello! Ya Corina no lloró, sólo le dijo á Ernesto, creyéndolo autor de la muerte de su *Pipí*: “Olvidaré..... pero tarde.”

El resto de su vida de casados lo vivieron por compromiso. El amor había huído con *Pipí* de aquel hogar.

P. LONDOÑO.

Medellín, 1895.



EN EL BOSQUE

(DE “ZARZAROSAS.”)

El límpido torrente que en perlas se desgrana
Mojando las raíces de espléndido verjel,
Copió en sus ondas gláucas tu linda crencha rubia
Que tiene los celajes de un bello amanecer.

Y en tus ardientes ojos—el cielo de mi vida—
Los tonos de otra aurora copiaste tú también :
La aurora de la dicha, de la pasión que nace
Que tiene más encantos que un bello amanecer.

Cambiamos dos miradas, tus ojos me besaron,
Bebí en tus frescos labios la copa del placer
Y....continuó el torrente que en perlas se desgrana
Mojando las raíces de espléndido verjel.

CARLOS ESPINELA.



DEL REVES

Lo había conocido novio.

Era todo un idealista en amor.

Quería á su prometida de un modo aéreo. Una de esas maneras de amar que sólo había observado hasta entonces en algunas señoritas acémicas.

Y se casó.

Y yo iba á verlo.

Tenía curiosidad de saber en qué había parado todo aquello.

Me recibió en el corredor que da al jardín.

Tenía un modo de distraerse ; de dejar ir los ojos tras cualquier objeto mientras se le hablaba ; de mirar sin ver, como si su alma estuviera acurrucada por allá muy hondo.

—Mira, dijo interrumpiéndome y sin hacer maldita referencia á lo que venía diciéndole hacía rato sobre los efectos probables de la pólvora sin humo en el modo futuro de guerrear—Mira :

El error viene de suponer que la dicha está en la intimidad con la mujer querida, sin hacernos cargo de que toda belleza depende en gran parte del punto de vista. Es como si pegásemos los ojos á un cuadro de grandes dimensiones para verlo mejor. Porque apenas uno se casa deja de ser espectador para convertirse en ayuda de cámara entre bastidores.

La maraña de bucles con reflejos dorados ó de ébano que coronan una frente blanca y noble, son para los demás, para los que no la poseen, para los que la admiran de lejos ; para el marido, para el dueño, fueron los *marrones*.

Para los demás es el pie maravillosamente calzado, que se adelanta donoso, se asienta firme y en rítmico taconeo pasea por esas calles todo el garbo del mundo ; para el marido es la desceñida chinela y la no siempre pulcra media.

La cintura leve y móvil es para la pareja que la ciñe, la atrae, la soba en el revuelto baile ; para el marido es el talle

flojo, sin corsé, que deja adivinar curvas lánguidas, ajadas redondeces. En fin: casándonos no hacemos más que adquirir el triste privilegio de asistir á los desmayos, al aseo de la hermosura que admirábamos erecta. Y te aconsejo una cosa: si quieres á alguna mujer de amor, no te cases con ella porque acabarás de ponerte de sus encantos hasta aquí—y se tocó con la derecha lo alto de la frente con un movimiento rápido.

Luego se puso en pie, y las manos en los bolsillos y el cigarro en un ángulo de la boca, comenzó á pasearse, los ojos fijos en el pedazo de cielo que desde allí alcanzaba á verse.

—Exageras—contestéle—exageras.

—Que exagero?—me dijo plantándose de frente, un pie tirado hacia adelante y apoyado en el otro. No hay tal. El amor se nutre de un contorno suave, de un encanto velado, de un movimiento gracioso, de cualquiera nonada, y todo eso lo devora la intimidad prosáica del matrimonio.

¿Has tenido ocasión de observar á un adolescente devoto; una de esas naturalezas dulces á quienes la grandeza del culto católico embarga los sentidos? Al principio todo es quedarse arrobado en la soledad de las augustas naves en tanto que el alma vuela por regiones supremas; maldecir de la concupiscencia que á grupas del espíritu parece hacerlo gravitar hacia el mundo de lo terreno. Pero aguarda un poco. Su amor al Culto lo lleva á intervenir en sus interioridades; observa los travesaños que forman los bajos de las imágenes; saca de apollillados armarios cabelleras que adapta luego á sus macizos cráneos y unge con aceite de á cinco centaves la onza, se familiariza con lo que antes era motivo de unción y, resultado de ello es que de todo ese encendido ascetismo que tantos días de gloria hizo presentir á los devotos para la Iglesia, surge ese sacrílego á domicilio, ese escéptico forjado á golpes de vulgaridad, cuyo cerebro no ha caldeado jamás una duda honda, que se llama un sacristán. Pues de un modo semejante y por casi idénticos motivos, del novio henchido de aspiraciones sinceras de pasión eterna, nace el marido, ese sacristán del amor. Y todo eso simplemente porque—como la Religión, como la Música—el Amor necesita para ser gustado, de una conveniente distancia.

Dijo, chupó dos veces el cigarro, escupió sin soltarlo de la boca y siguió paseándose.

Medellín, 1894.

EFE GÓMEZ.

—❖—❖—❖—
A S Í !

A bandada pasajera de pintadas golondrinas
Que las nubes azulinas se ve rápida cruzar,
Yo prefiero el turbulento
Y agitado movimiento del tumulto popular.

A la luz que en las vidrieras va colándose indecisa
Como gélida sonrisa de neurótica beldad,
El relámpago brillante,
La sonrisa fulgurante de la negra tempestad.

A asustada cervatilla que se oculta temblorosa
O va huyendo presurosa de su cruel perseguidor,
El león que en el bosque
En su cólera salvaje se debate con furor.

A las gotas cristalinas que recaman la corola
De la vívida amapola, temerosas del calor,
El golpear del aguacero
Que se rompe en el alero con fantástico clamor.

Al sonido cadencioso de nocturna serenata
Que en los aires se dilata, mensajero del amor,
Esa enérgica belleza
Que á la altiva Marsellesa da la fuerza y el valor.

Si es hermosa la colina cuya plácida pendiente
Va esmaltando la corriente del arroyo juguetón,
Es más bella erguida roca
Donde el mar bramando choca con gigante convulsión.

No amo el céfiro que trae con jazmines perfumadas
Las ternuras olvidadas de un recuerdo que murió,
Sino el viento que en las lomas
Los balsámicos aromas de las selvas recogió.

Me arrebatan con sus regias, anhelantes conmociones
Las potentes vibraciones de la vida universal
Y á su empuje misterioso
Miro el carro del coloso, deslizándose triunfal.

TOMÁS QUEVEDO ALVAREZ.

Medellín, 1895.



NAUFRAGIO Y SUICIDIO

Violentas tempestades agitan el océano; formidables huracanes lo flajelan y enfurecen. ¿Habéis visto una tempestad en el océano? Quizá nó; no tenéis idea exacta, ni la tendréis sino viéndola, de toda la vasta significación que la palabra *furor* tiene; cuando el mar y el huracán como dos gigantes gladiado-

res ponen en juego, el uno contra el otro, su poder inconmensurable, cuando parece que quisieran llamar la atención del universo entero con sus rugidos, entonces se comprende qué significan palabras tan comunes como *poder, ira, lucha* y también: *pequeñez, miseria.....*

Ruidos extraños, desconocidos; voces del abismo atronadoras que parecen insultar al cielo; masas de nubarrones que se chocan y se confunden empujadas por huracanes encontrados, parecen las alas de un ejército en batalla que se repliegan y evolucionan; olas colosales cubiertas de espuma en su cima como blancas cabelleras erizadas de guerreros veteranos que marchan á la carga, se levantan y "lanzan su saliva á los espacios"; las fáuces del abismo se abren y parece que quisieran devorar la vida en su esencia misma. Aniquilación, parece ser el lema que llevan al combate los airados elementos; el rayo rasga los tenebrosos senos de las nubes; resuena abrumador el trueno; la naturaleza ha desaparecido, aquello es el caos primitivo; se dijera que las fuerzas se han soltado de la cadena de las leyes que las rigen y han trabado lucha como fieras escapadas de la jaula del domador.....

La lucha pasa, la ira de los elementos se aplaca, los grandes nubarrones se alejan lanzando roncros truenos, gruñidos más bien, el mar se agita todavía: parece que se revuelca en su lecho para dar descanso á sus miembros lastimados; el ruido de las olas semeja un lamento dolorido al par que rencoroso.

Tal es la tempestad en el mar: resúmen de todos los furors; concentración de todas las iras; espectáculo de horror sublime que produce eterna, inolvidable impresión en el ánimo de aquel que lo presencia.

¡Pobre bajel sorprendido por la ira de las fuerzas desencadenadas; pobre; será un átomo, será la nada; el abismo jamás se apercibirá del momento en que lo ha engullido: tan pequeño será para la grandeza de su hambrienta sima!

Pero más pobre aún el espíritu de aquel ¡en cuya alma se verifica un choque de aquellos que hicieron exclamar al poeta:

"No acierto á comprender qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano;
Entre esas dos augustas majestades
Que el abismo contienen y el arcano.
Hondas borrascas, sordas tempestades
Conmueven la razón y el océano,
Sólo que ruge el mar cuando batalla
Y el pensamiento en sus tormentas calla."

Ya os he preguntado: "¿habéis visto una tempestad en el océano, habéis comprendido lo que significan palabras como *lucha, grandeza, furor?*" Ahora quiero preguntaros: ¿habéis sentido una tempestad en el alma? Sabéis qué cosa es un huracán de pasiones, una lucha de iras, deseos, ambiciones, odios,

amores, necesidades....? Sabéis bien qué significan palabras como desesperación? Quizá nó; trataré de explicároslo.

Ya os he bosquejado lo que es un ataque de locura en los elementos más grandes; ¿cuál es el campo donde ellos chocan, lanzan el poder de unos contra otros y dejan escuchar sus rugidos pavorosos? el espacio, lo infinito; ¿cuál es el campo donde las pasiones celebran sus combates? el alma, el espíritu del hombre, infinito en su vuelo, en su esencia; pero pequeño en extensión, pudiéramos decir; todo ese terrible poder de fuerzas cósmicas desplegado, puesto en juego, con sus truenos y sacudidas, lamentos y rugidos, es poca cosa dado el infinito en donde actúan. Pero todo aquello en forma psicológica, dignamente encerrado en el espíritu sólo de un solo hombre, asume proporciones monstruosas para el entendimiento que lo observa, estudia ó siente.

Allí no hay rugidos, no hay sacudimientos: "El pensamiento en sus tormentas calla". Nada se manifiesta que revele la lucha, nó; todo pasa en las profundidades de una alma convertida en mar muerto, en apariencia, en volcán espantoso en realidad.

Ved aquel hombre: apoya en su mano la frente enrojecida por la fiebre, sus ojos casi cerrados fijan persistentes una mirada angustiosa en un punto cualquiera, su cabellera en desorden, sus músculos contraídos, quietud y silencio, casi inercia. ¿Qué hace? Sufrir; pero no el sufrimiento lento, progresivo á que se adapta el hombre poco á poco, nó, no es el mar de suyo picado, no es el volcán de suyo hirviente; es la tempestad en todo el desarrollo de su monstruoso espantador poder, es el volcán del corazón que lanza sobre el pobre espíritu torrentes de la lava candente de la pasión.

.....
La materia desaparece, el hombre deja de ser el sér organizado, la especie zoológica; es una forma, un vaso cualquiera de no importa qué dimensiones ni qué materia; encierra el campo donde las tuerzas psíquicas desencadenadas de sus leyes, se han encontrado y trabado lucha como las fieras escapadas de la jaula del domador.

¡Pobre alma la que sirve de teatro á esas misteriosas tragedias de la sombra! Pobre alma la que golpean las olas iracundas del mar de las pasiones: ella como la nave sorprendida por la batalla de los elementos, sin apoyo, perecerá.

La una, la nave, el montón de madera y herraje, caerá en los abismos del océano: la otra, el alma, lo indefinible, caerá en el abismo moral: el suicidio, ó en el abismo intelectual: la locura.

¿Quién será capaz de dominar la catástrofe.....?

EMILE DRAVICK.

Medellín, 1895.

POBRECILLA!.....

La última vez que fuí á tomar el café á casa de doña Luisa, sentados en aquel costurerito claro y alegre, sonriente con sus viejos sillones de cuero y deliciosamente sombreado por las enredaderas del jardín que atrevidas se asomaban por entre los hierros de la ventana, me dijo la pobre señora:

—“Cuando mi madre se marchó con aquel hombre—de eso hace ya mucho tiempo—yo no estaba en edad de darme cuenta de los acontecimientos, pues apenas contaba 6 años y sonreía en esa edad en que los sucesos y las cosas impresionan momentáneamente la imaginación del niño, sin que después conserve de ellos mas que la impresión de un sueño que se fue. Sin embargo, jamás he podido olvidar la última noche que la ví, cuando creyéndome dormida se acercó á mi lecho, puso sus labios abrasadores en mi frente, me besó con desesperación y luego tomándome en los brazos me estrechó contra su corazón y volvió á besarme en la frente, en los ojos, en el pelo, en la boca, en todas partes. Después, al amarrarme al cuello este relicario que todavía conservo, trató de decirme algunas palabras que se ahogaron en su llanto que me humedeció la cara. Mi padre no había ido en toda la noche y mi madre no se había acostado todavía, á pesar de que ya era demasiado tarde. Como ella seguía llorando, yo también lloré mucho aunque sin comprender la causa de esas lágrimas.

A la mañana siguiente me puse muy triste cuando me dijeron que mi madre se había ido á un paseo á X y que no regresaría hasta dentro de algunos meses. Me llevaron á vivir á casa de mis abuelos paternos mientras mi madre volvía, diz que “para que no me quedara tan solita en mi casa.”

Allí pasé muchos años y á medida que crecía, iba comprendiendo toda la horrible realidad del misterio que se trataba de ocultarme, hasta llegar por fin á saber que mi padre con la mala vida que daba á su mujer y con la ausencia casi constante de su casa—pues que se pasaba los días y las noches en vergonzosas orgías con sus compañeros de taberna sin acordarse de su esposa ni de su hija—había hecho desesperar á mi pobre madre, hasta el punto de que, negándole la protección que le había jurado al pie del altar, ella, indefensa, tuvo que negarle la jurada fide-

lidad dejándose arrastrar de las promesas de un seductor, con quien se había huido de la noche á la mañana.

De allí en adelante mi vida fue un constante martirio, sólo no por el borrón que inocentemente pesaba sobre mí y que me hacía pensar con horror en la obscuridad de mi porvenir, sino también por la conducta de mi padre que empeoraba de día en día, sin que valieran para reformarla mis súplicas, ni mis lágrimas.

Con horror me acuerdo de aquellas eternas noches que pasé en la casita que me había conseguido, sola, llorosa, aguardando á que él viniera de la calle. Cuando sentía sus pasos en el empedrado, el corazón me daba saltos de júbilo y de terror, porque sabía que él llegaría en estado de completa embriaguez y que con malos tratamientos y con palabras groseras y vulgares pagaría mis caricias. Muchas noches pasé en vela aguardándolo inútilmente.

Me faltaron fuerzas para seguir soportando las amarguras de mi condición. Las crueldades de mi padre me habían hecho desesperar, y entonces, buscando algún lenitivo, pensé en el matrimonio y llegué á formarme la ilusión de un marido cariñoso y amante que endulzara mis sufrimientos. Y entonces tomé la resolución de casarme; pero de casarme pronto, con el primero que se presentara. Más me hubiera valido no haber tomado semejante resolución; pero, ¡qué quiere usted! estaba cansada con esa vida y creía que de todos modos la mejoraría. Cómo me engañé!

No tardó en presentarse el lobo que con traje de oveja debía acabar de devorar mis ya muertas ilusiones. Me vió, le satisfizo mi hermosura, me propuso matrimonio y me casé con él, como se casan muchas, sin tomarme el trabajo de averiguar qué clase de hombre fuera aquél á quien iba á unir mi destino por toda la vida, sin estudiar siquiera si su educación, sus gustos y sus caprichos podían relacionarse con los míos, pues, como le dije, la cuestión era casarme á todo trance y sin vacilación,

Felices al parecer, amándonos y luchando por complacernos mutuamente, vivimos once meses, al cabo de los cuales, como era de esperarse, él se tornó apático, malhumorado, quisquilloso y acabó por separarse de mi lado, sin que yo haya logrado saber jamás su paradero. Y se fue dejándome pobre, desamparada y con este niño pequeño para quien sólo alcanzo á divisar un porvenir tenebroso y desgraciado.....”

ESTHER

(IMPRONTU)

A. José F. Duque.

Es Minerva con ojos de querube,
Fiel trasunto de Vénus Citerea,
Fantástica visión que el alma crea
Envuelta en los girones de una nube.

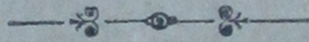
Es un sueño de amor que al cielo sube
Circundada la sien de luz febea ;
Es del poeta la suprema idea,
La inspiración que en mi delirio tuve.

Hay en su frente luz y poesía,
Hay en su corazón el santo anhelo
Por la virtud que su existencia guía.

Temo que Dios con su infinito celo
La lleve á *Él* en impensado día
Porque hay un angel que le falta al Cielo!

JULIO GUTIERREZ.

1893.



JERONIMO

(DEL LIBRO " HELECHOS ")

Siempre con aquella sonrisa tan triste que parecía congelada en sus labios descoloridos. Cuando en las noches de luna, después de una excursión de bohemios, entrábamos á *El Nevado*, lo veíamos siempre en el mismo punto sentado en un rincón del ancho comedor con su cachucha grasienta caída sobre la sien izquierda, su chaqueta de dril aplomado y sus pantalones de paño burdo. Desde que oía nuestras carcajadas alegres y nuestro taconeo estrepitoso, se ponía de pié, y al vernos entrar nos miraba dulcemente y acentuaba su eterna sonrisa melancólica.

Porque nos quería, porque éramos los únicos que no hacíamos burla de su tristeza.

—Oye, Jerónimo trae ponche.

—Jerónimo, cerveza.

—Una copa de vino, Jerónimo.

Y mientras bebíamos, permanecía apoyado en la mesita redonda, oyendo nuestra charla, sin dejar nunca aquella son-

risa que tanto nos impresionaba. á pesar de la alegría que hacía cosquilleos en nuestros corazones de veinte años.

*
* *

Una noche llegué solo al restaurante. Acerqué una silla á la “mesa de Bohemios”—como decían los parroquianos maleantes—y me senté.

—¿Qué le traigo? me preguntó Jerónimo.

—Dos botellas de cerveza. Estoy solo y quiero que bebamos tú y yo juntos.

—Gracias, señor.

—Tráelas, tienes que beber conmigo.

—Está bien, señor, voy á complacerlo.

Apurámos en silencio nuestros vasos. Cuando acabamos le pregunté:

—Jerónimo ¿por qué vives tan triste?

Me miró un instante, se echó para atrás la cachucha y contestó:

—Por.....no sé, cosas mías.....

—Y no quieres decirme que son esas *cosas tuyas*?

—Oiga U., señor, á nadie le he contado la causa de mi aburrimiento; pero á U. sí, porque me comprende y no se burla de mí.

Y en seguida, con la voz ronca, me refirió sus penas. Lo de siempre: una historia de amor y de olvido: él que se enamora con toda la fuerza de un corazón de veinte años, y ella que le finge amor primero para engañarlo después.

Pero me relataba aquello con tal acento de tristeza, con la voz tan temblorosa, que no pude menos de decirle:

—Me das lástima. Lo que á tí te ha pasado, me ha ocurrido á mí y á todo el mundo le ocurre. Amor y olvido son términos casi correlativos en la gramática femenina.

Ella te ha engañado? Busca otra que te quiera; bien sabes que la mancha de la mora se quita con mora verde!

—No puedo olvidarla!.....

—Pues hombre, vas á parar en loco ó en suicida.

—Eso temo, señor.

*
* *

Cuando á la noche siguiente entramos al comedor de *El Nevado* los siete amigos que componíamos la *Bohemia Alegre*, extrañamos no ver á Jerónimo en su puesto de costumbre. En su lugar estaba un mocetón colorado y mofletudo.

—En dónde está Jerónimo? le preguntamos.

—Está muriéndose. No saben? Se tomó un veneno! Vivía tan aburrido!

Nos pusimos de pie como movidos por un resorte y corrimos al cuarto de Jerónimo.

Allí, tendido sobre su lecho desarreglado, estaba el pobre mozo con un crucifijo en la mano; un ronquido convulsivo se escapaba de su pecho y una espuma verdosa salía por su boca entreabierta. Arrodillada al pie de la cama, con la cabeza entre las manos, estaba su madre, una viejecita pálida que lloraba silenciosamente.

—Jerónimo!—exclamé—¿qué fue eso?

Levantó los ojos, me miró y me dijo con la voz apagada por las bascas de la muerte:

—Señor.....que no pude olvidarla!.....

Se retorció entre las sábanas, miró con ternura á la viejecita pálida que seguía llorando, y se quedó rígido.

¡Pobre Jerónimo! Aun después de muerto sonreía, con aquella sonrisa tan triste que parecía congelada en sus labios descoloridos.

JULIO VIVES GUERRA.



PARRAFOS LITERARIOS (*)

I

Los que nacen.

Cuando aparecen en el círculo intelectual de las sociedades los jóvenes que empiezan su carrera, suele tomarlos de la mano algún viejo encanecido en los debates. Son esos introductores como las altas señoras del gran mundo, que arrojan al torbellino de los salones las jóvenes que salen del Colegio. Nosotros, jóvenes, que hoy nos mostramos al público, no hemos recibido la mano de nadie; y creemos que ningún anciano nos la ofrecerá. Mas no importa, somos jóvenes—ya lo hemos dicho—sufrimos de “mal de pensar” y lucharemos. Si quedamos en la brecha, que sobre la cruz que nos pongan, cada transeunte tire una piedra. No es esta la época en que los hombres notables se insinúan con la juventud que se levanta, lo cual quiere decir que la juventud se elevará sola. Cuando los que se hallan en la altura aplastan á los que suben, la cosa marcha mal. Los altos estadios pronto quedarán desiertos. Las debilidades é inclinaciones viciosas en los jóvenes de veinte años, son, casi siempre, la manifestación de los temperamentos inquietos. Los extravíos son consecuencia del ardor de la raza, y muchas veces, del impulso intelectual. Son numerosos los ejemplos de hombres

(*) Estas notas, tomadas al acaso, aparecerán en algunos números de la *Bohemia Alegre*.

que se inician con desequilibrios morales y acaban por subir en alas de la voluntad y del talento, á las altas regiones de la virtud y del saber.

Hay también en los círculos de la inteligencia, como en el gobierno y en el amor, la tendencia á la reciprocidad. Los jóvenes ungen con su admiración, las cabezas canas de los pensadores que veneran. La prensa joven consagra la gloria de los viejos de talento. Se necesita del ardor de la juventud para iniciar los monumentos, ó para producir retratos literarios llenos de luz y de verdad, que caracterizan para siempre, las inteligencias moribundas. ¡Desgraciado del poeta, en decadencia mental, que lance malos versos al rostro de una juventud enérgica!

De esa ley de reciprocidad nace la crítica, que tiene obligaciones ineludibles que cumplir. Dar la mano á los inteligentes que se levantan, y respetar á los viejos, cuando, aunque pasados de moda, fueron grandes en su tiempo.

Hoy lamentamos la falta de un crítico, por acá, en estos valles perdidos de Antioquia. Y no es que haya dejado de producirlo. Entre los hombres que están hoy en la plenitud de su vida y de sus facultades, tenemos dos autores antioqueños, de tendencias críticas sobresalientes en Colombia. Juan de Dios Uribe, aunque enamorado de su terruño, ausente de su patria, por causas que es necesario callar. Y Baldomero Sanín Cano, escritor erudito y de especiales dotes críticas que permanece en Bogotá, para honra de Antioquia, es cierto, pero privándola del regocijo de ocuparse de ella, y de editar en sus propias prensas las producciones exquisitas de su hijo. No hay que culparlo, eso sí, porque en materias de literatura todo depende del temperamento.

Entre los domiciliados por acá, no hay otro crítico, acaso porque no hay producción artística suficiente para alimentarlo. Y Antioquia desea una producción intelectual de mayores alcances. Diariamente se oye decir: "que los periódicos son malos, que nuestros literatos están atrasadillos." Alguno dirá que en esta tierra de las minas y del comercio, con la literatura que tenemos sobra. Y entonces—respondemos—por qué pide más y mejor? Lo lamentable es que el progreso se hace esperar. Las únicas tendencias modernas que se van dejando sentir, son las del *colorismo* amanerado. Cada autor toma la piedra gastada del decadentismo y le deja ver una faceta.

El periodismo no debe quedarse en el fondo común de los papeles que se botan. Es necesario no olvidar que "el periodismo en Hispano-América, representa el movimiento intelectual." El libro apenas nace, hablamos de literatura.

Si la juventud con sus ardores le da vida al periódico, vida robusta é inteligente, tal vez podrá abrirse una nueva era de entusiasmo, que sirva para cumplir aquella frase de Jorge Isaacs, que debe resonar en el oído de los jóvenes como un gri-

to profético de ultratumba: "La generación actual es demasiado pesimista y calculadora; pero despertará á una nueva vida; de ello estoy seguro."

Que la crítica es un factor indispensable en la evolución literaria que se inicia, es un lugar común, sobre el cual es inútil toda insistencia.

Si se encuentra por ahí un crítico que salte al estribo de la prensa, el tren marcha. Lo necesitamos. Los que nacen deben ser fuertes.


ANTONIO JOSÉ MONTOYA.




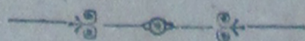
PLUMADAS

La Bohemia Alegre, al hacer su entrada en el estadio del periodismo, tiene el alto honor de saludar á la Prensa nacional y extranjera, cuya colaboración solicita y agradecerá profundamente.

Los Tiempos y Las Novedades, importantes publicaciones de esta ciudad, han tenido la fineza de anunciar la aparición de nuestra Revista con términos tan honrosos como benévolos. Damos las gracias á los colegas por la galantería y les significamos, además, que por nuestra parte no omitiremos ningún sacrificio para merecer los epítetos que nos han anticipado y para que nuestra labor pueda convertirse en provecho positivo para la Patria.

 Hemos rotulado y remitido el presente número de *La Bohemia* á las personas que conocemos como amigas de secundar toda empresa que tienda al adelanto de nuestra juventud. Las que no quieran aceptar la suscripción que les ofrecemos, tendrán la bondad de devolver el número dentro de cuatro días, que de no hacerlo en este término, las consideraremos como suscriptoras.

Recibirán en los pueblos más de dos ejemplares las personas á quienes nos hemos tomado la libertad de nombrar Agentes de esta publicación. Suplicamos á los Agentes, que se sirvan darnos cuenta—á la mayor brevedad posible—del resultado de la comisión que tenemos el honor de encomendarles. 



DECRETO NÚMERO 151 DE 1888

(17 DE FEBRERO)

sobre prensa.

El Presidente de la República,

CONSIDERANDO:

1º Que la Constitución nacional (artículo 42) protege "la honra de las personas, la tranquilidad pública y el orden social", contra los abusos de la prensa;